

cenizas

malak.
desde un lugar que nunca existirá.

cenizas. uno.

he intentado escribir; he perseguido
el inhumano hecho de la escritura como
el sedante que en otras horas fuera,
el exorcismo del que hablara un día,
la explosión en el centro del volcán
que ponga fin a tanta desventura...

mas me descubro mínimo, aterrado
ante la perspectiva de un silencio
que utilicé otras veces como arma
y que ahora me hiere y me destruye;

enhebro un par de líneas y la aguja
desaparece como si en mis dedos
ya no hubiera un lugar para su brillo;

cenizas. dos.

la noche es aún más negra que otras noches,
el frío es más intenso y la lluvia más áspera...

ayer se acercó a mí la muerte tan hermosa
que sorprendióme como si no fuera
lo terrible que otros la dibujan;
supuse la ternura entre sus brazos,
me sumergí en el mar de sus caricias
y me dejé la vida entre sus aguas.

cenizas. tres.

señora, os lo suplico, dibujadme de nuevo
sobre el fluido lienzo de vuestros ojos; dadle
vida a este sueño inerte en que me han convertido;

el fuego boquilargo desveló mi secreto;
la sanguinaria reina de los diamantes rojos
exigió mi cabeza de inmediato; yo había
buscado la ternura entre los negros brazos
de la dama de picas y dormía en su lecho;
un ejército innumero de tréboles infames
me prendió a medianoche; maniatado, aterido,
soportando las burlas de quienes me escoltaban,
fui llevado a la orilla del lago de mercurio
a escuchar la sentencia mientras amanecía;
"ya no eres", dijeron mil voces amarillas.

cenizas. cuatro.

frente al mar, bajo el cielo, sobre esta piedra breve
--la imagen es de otro, la brevedad es mía--,
indefenso e inerme, irremediablemente
lanzado contra el monstruo de los ojos de ébano...

es de noche y la noche, que acunara otras veces
mi corazón de junco, muestra ahora sus galas
de oficiante en el rito del despedazamiento;

elefantes albinos pisotean mi frente
bailando un minueto brutal e interminable;

cenizas. cinco.

un caballo de plomo --como yo, transparente--
iba dejando un rastro de cerezas amargas;

le seguían cien potros con pezuñas de vidrio
dibujando araños en los acantilados;

traté de asirme al brillo de sus crines de cobre,
pero como volutas de un humo inexplicable
se fueron diluyendo entre gotas de lluvia;

cenizas. seis.

he visto los nenúfares con el rostro marcado
por un pespunte oscuro de virulento ácido;
los sauces derramaban incandescentes lágrimas;
los juncos eran dardos apuntando a mis ojos;
un pestilente aroma surgía de la albahaca
y lo inundaba todo, pegajoso y terrible;
sobre una alfombra verde de bilis esponjosa
pétalos de amapola sangraban como heridas;
setos, junto al camino, quemados y desnudos,
mostraban su esqueleto de afiladas escarpas,
y en sus gélidas puntas, como en una macabra
galería de arte, mil y una mariposas
aparecían prendidas; el suave terciopelo
de sus alas, ahora, era una tela triste:
velámenes ajados por un feroz naufragio;

cenizas. siete.

en estos ojos tristes donde habita el invierno,
heridos por los juncos y siempre anegadizos,
voy guardando las sombras de los ángeles muertos;
aquí, en mis pupilas, se pudren los recuerdos
de angelicales seres cubiertos por el humus;
sus llantos son oscuros como la luna nueva,
y me llenan la casa de perlas de betún;
como hierros al rojo sobre manteca tierna,
sus gritos atraviesan la quietud de la noche
destrozando los surcos de mi cerebro y rompen
mis sienes como vidrio cortado bajo el agua;

desde estos ojos tristes donde la muerte habita,
a través de una niebla espesa como pulpa,
extiendo --suplicantes-- mis manos mendigando
un instante tan sólo de cálida ternura;

... ..

minúsculas esquivas de incandescente roca
formaban un mosaico cubriendo mi epidermis;

cenizas. ocho.

hoy el bibliotecario ha vuelto a repetirme
--fijando en mí sus ojos velados por la sombra--
que sólo soy el sueño de un loco demiurgo;

cenizas. nueve.

un tren marrón oscuro me sube por el brazo,
se detiene en el hombro, me mira fijamente
y escupe una sonora risotada;
luego clava sus uñas en mi cuello desnudo;

un vapor ponzoñoso penetra por mi oído;
pone un pie en el estribo y galopa el barbecho
febril de mi cerebro;

como quien abandona el campo de batalla
tras lograr la victoria, mirando desdeñosa
las pupilas inmóviles del enemigo muerto,
--hierática, solemne...-- la oscura escolopendra
deshace su camino y baja por mi brazo;

cenizas. diez.

una gárgola; el zumo de catorce amapolas
dibujando en su espalda laberintos de sangre;
con sus garras de piedra estrangulando el lienzo
blanco de la muralla que se hunde en la arena;

un piano de cola en mitad de la playa;
negro, brillante, frío como la madrugada,
con el atril vacío y los pedales rotos;
atauriques de algas y ataujías de adarce
son el húmedo rastro que la marea dejó;

y yo, a la grupa esquiva de las olas oscuras,
con cadenas de sombra rodeando mi cuello,
abrazado a un reflejo evanescente, corro
hacia un amanecer azul que nunca llega;

cenizas. once.

bebemos a la luz de las antorchas;
el jardín, solitario; el amarillo
tamizándolo todo como un filtro
sulfuroso, enervante, homicida;

sentados en el suelo, frente al mundo
rojizo y absorbente de la hoguera,
dibujamos palabras en el aire
y soñamos con ángeles terribles
que nos abrazan con sus alas suaves
y nos besan los labios y los ojos;
